"La in/decisión"

• ERBASI •

"-Lo tuve que tirar. Y no me hagas decir eso aquí delante de la gente. Pero para que te lo sepas: lo tuve que tirar. Era una cosa así como un pedazo de cecina..."

Juan Rulfo
(Anacleto Morones *"El llano en llamas"*).

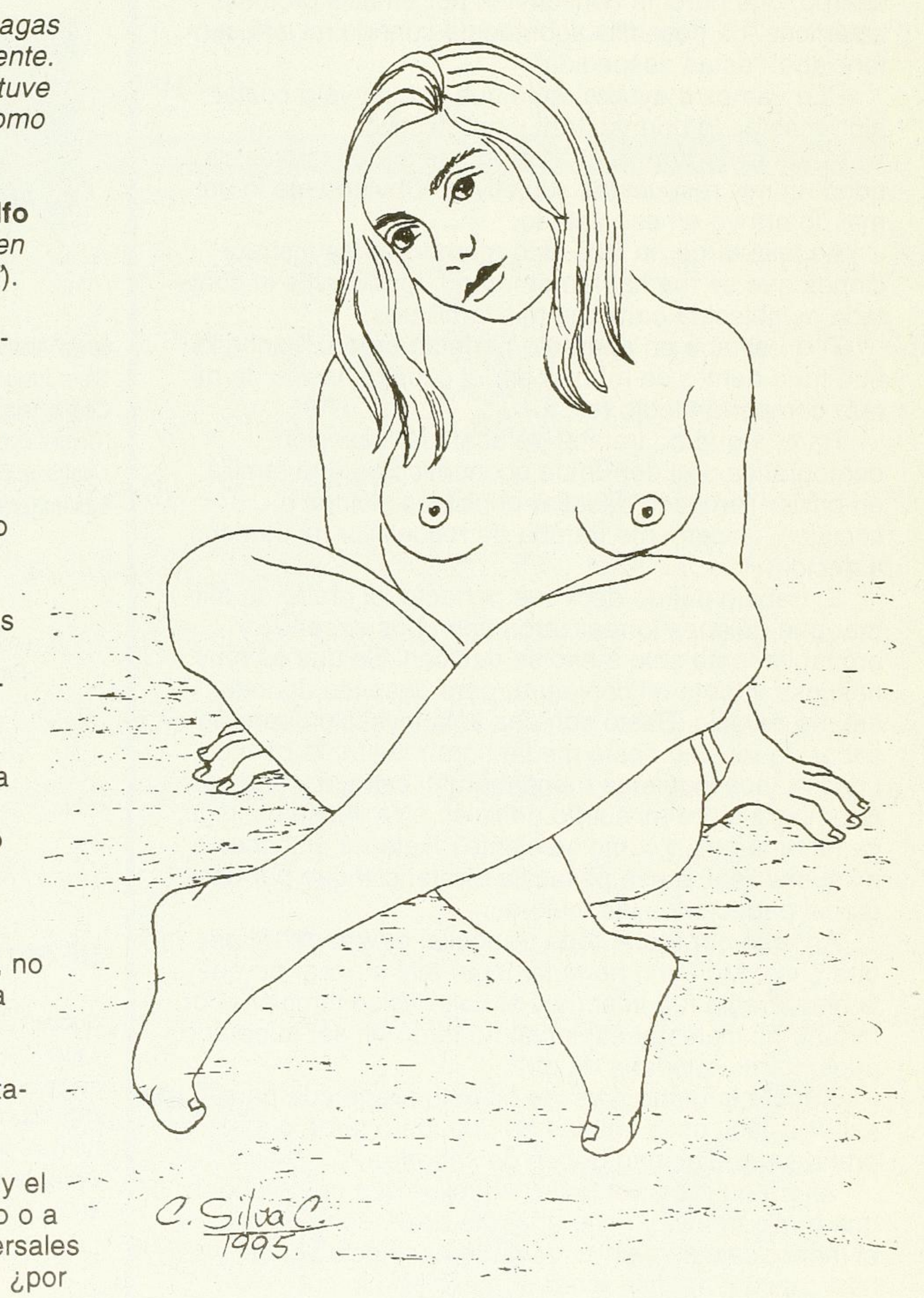
NO ME ARREPIENTO, tuve que hacerlo. Después de todo ejercí mi derecho a decidir, como católica que soy, como humano y ante todo como mujer. No puedo desear a nadie que sufra lo que yo viví, así como tampoco nadie me lo deseó a mí, pero la verdad esto no es cosa de querer o no querer. Es la fatalidad, nada más.

Despertar, imaginar, hacer, gozar, verbos que se conjugan sin dificultad en el devenir de nuestra maduración, asi mismo de nuestra angustia infinita de existir: despertar, imaginar, hacer...

Una situación te lleva a otra y esta a otra más y así sucesivamente en una retahila absurda y desconcertante que no hace sino convertirte en algo menos que estúpida y ausente cuando tus amigos o familiares te preguntan: ¿qué tienes, qué te pasa?, y tú respondiendo huídamente: ¡éh, nada, nada, no me pasa nada! y al unísono de esta mentira en respuesta, dentro de tí pasa todo, lo inimaginable pero real.

¿Qué si abortaba él, la sociedad o el estado?, no me importaba el "quién" -porque en esencia sabía que era mi cuerpo y mi alma quien lo haría-, sino el ¿cómo? el ¿dónde? y el ¿cuándo?, de la misma forma que a un niño o a un filósofo le importan estas premisas universales para tratar de explicarse -o cuestionarse- el ¿por qué? y el ¿para qué?

Tuve entonces que ordenar y responder firmemente a los tormentos moralistas y pragmáticos de mi vida...



tenía que decidir una vez más.

-"Yo no estudie para matar personas, sino para salvarlas"- fue la respuesta categórica que el ginecólogo ofrecía a mi súplica.

No logré explicarme por qué él me negaba la ayuda cuando precisamente con su dispositivo fallé (¿yó?). ¿Por qué entre diez o quince mil personas con el riesgo, tuve que haber sido yo?

Así son las cosas, mejor dicho así son las estadísticas y los métodos anticonceptivos: llenas de sorpresas y desdicha.

Desde la primera semana de retraso comencé a sentirme aludida. Soñando cada noche que mi vientre crecía desproporcionadamente ante el resto de mi cuerpo, que parecía consumirse por emésis profusas y catárticas. La pesadilla sobrevenía cuando mi jefe sentenciaba: "estas despedida".

-"Le vamos a ayudar, sólo que esto le va a costar algo más de lo normal, ¡ah! y en efectivo".

¿Qué es lo normal? me pregunté sin encontrar claridad en mis respuestas subjetivas. Obviamente lo normal no era yo en ese estado.

Aquella tarde no hice sino memorizar las instrucciones que se me habían otorgado. Igualmente la coartada establecida para con mis familiares.

Todo estaba en aparente perfecto orden, menos lo que traía dentro de mí que era el caos genésico de mi raro comportamiento (sic.).

Rareza que no trataba de abatir la explosión demográfica o el derrumbe económico de una familia en crisis. Tampoco desafiar principios divinos o sociales, únicamente trataba de reconciliar mi derecho a decidir.

El trabajo puedo decir fue perfecto, al grado de afirmar que quienes lo realizaron son unos expertos y probablemente sólo a eso se dedican. Sé que es muy riesgosa y tonta mi conjetura, pero después de todo así me pareció. Bastó con una sola inyección para no saber de mí sino hasta media hora más tarde cuando unas manos inquietas meneaban mi cabeza y una voz retumbara entre mi sueño artificial: "-Ya llegamos, digo, ya terminamos, ¿cómo se siente? Retorné entonces a mi sueño real, a esa pesadilla existencial que por desgracia padecemos las mujeres.

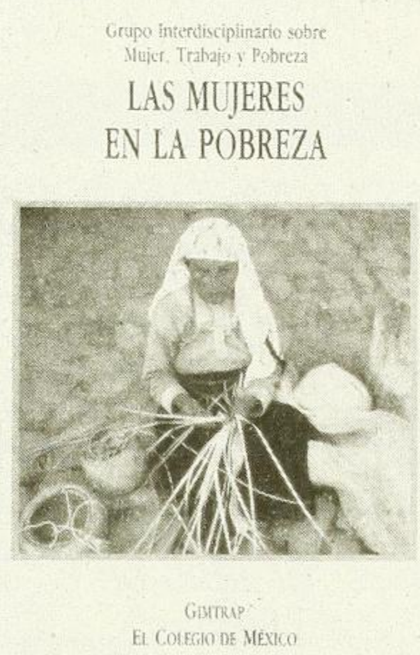
Aunque por fuera, toda tranquila, dentro de mí era otra cosa. Me sentí horriblemente mal a pesar de que la hemorragia fue irrisoria y el dolor físico también. Por fortuna mi malestar espiritual no tardó en ser superado, pues no me quedaba de otra.

Sé que la gente a veces no esta preparada para saber estas cosas íntimas de uno, pero tarde o temprano y por dignidad deben de saberlo.

Ahora no me arrepiento. Aquellos que comprendan que a mis treinta y ocho años de edad, con dos hijos -el menor casi de veinte- y un trabajo inestable, es traumático y egoísta tener otro hijo. Así lo creí y lo decidí. Sólo ellos podrán justificar mi supuesto pecado... todos los demás que se vayan al diablo si no pueden comprenderme.

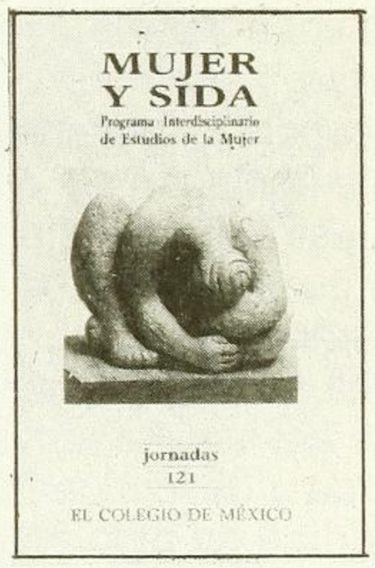
EL COLEGIO DE MÉXICO

NOVEDADES



Javier Alatorre, Gloria Careaga, Clara Jusidman, Vania Salles, Cecilia Talamante y John Townsend (Comité coordinador de Gimtrap)
Centro de Estudios Sociológicos
Las mujeres en la pobreza

Nahum Megged
Rosario Castellanos. Un largo camino a la ironía
Jornada 102



Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer
Mujer y sida
Jornada 121
1ra. reimpresión

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Soledad González Montes, Olivia Ruiz, Laura Velasco y Ofelia Woo
(compiladoras)
Mujeres, migración y máquila en la frontera norte
Coedición con
El Colegio de la Frontera Norte

Anna M. Fernández Poncela
(compiladora)
Participación política: las mujeres en México al final del milenio